

EL DECÁLOGO DEL ESTUDIANTE ROSACRUZ

por Francisco-Manuel Nácher

Desde que Moisés descendió del Monte Sinaí con las Tablas de la Ley en al mano, el Decálogo es el modelo que, generalmente se utiliza para agrupar y expresar las normas fundamentales de funcionamiento de cualquier organización, sea ésta religiosa, política, económica o social.

Yo mismo, me he distraído confeccionado una serie de Decálogos que, quizás, algún día publique, y que tratan de recoger y llamar la atención del ser humano sobre sus principales deberes, según el estatus especial de cada uno, y desde el punto de vista de la Filosofía Rosacruz. Y así, he codificado un decálogo para los cónyuges; y un decálogo para los padres y otro para los hijos; uno para los abuelos y otro para los nietos; uno para los maestros y otro para los alumnos; uno para los gobernantes y otro para los gobernados...

El número diez representa la verdadera sustancia del ser. Todos los números conducen a él y los que le siguen son meras combinaciones de los que le preceden. Es el número que simboliza el perfecto equilibrio entre la polaridad masculina (1) y la polaridad femenina(0) cuando trabajan de acuerdo con las leyes de la generación. Por eso, la décima estación del Vía Crucis recuerda cuando Cristo fue despojado de sus vestiduras, que no representan sino el cuerpo alma, que Él obsequió al mundo, y que se desarrolla mediante la pureza y el uso correcto de la fuerza creadora sexual.

La Fraternidad Rosacruz, como seguidora de Cristo que es, no podía por menos de tener su Decálogo para regir la vida de sus estudiantes.

Por supuesto, no se trata de enmendar la plana a Jehová ni de contradecir al propio Cristo, que ya redujo los diez mandamientos a sólo

dos “Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo”, que, en realidad, son un solo mandamiento: amar. Amar a todos y a todo.

Con ello, pues, sería suficiente. Pero a la gente, a los estudiantes, que van llegando a las puertas del ocultismo rosacruz, cargados de sufrimientos, de problemas, de preguntas, de anhelos, cada uno con su cruz, que siempre se le antoja la más pesada, no les resultaría suficiente, ni siquiera comprensible ese único mandamiento tan simple y tan escueto. Necesitan, necesitamos, más detalles. Necesitamos desentrañar, desmenuzar, diseccionar su contenido, que es el de nuestra conducta ideal, para poder mirar dentro de nosotros mismos y empezar a comparar y a comprendernos y, desde ahí, a intentar tomar las riendas de nuestras propias vidas.

Vamos, pues, a dar un repaso a lo que la Fraternidad Rosacruz considera como fundamental en el comportamiento de sus estudiantes que, no lo olvidemos, están intentando comprender la vida y la muerte y el mundo y las leyes que lo rigen todo y los porqués y los cómo de todas las cosas. Una enseñanza por la que ha luchado la Humanidad durante miles de años y por la que más de uno hubiera sacrificado sus más preciados bienes.

Los preceptos de este Decálogo son necesariamente amplios y, aparte de lo que yo pueda exponer sobre ellos, cada uno deberá, luego, ampliar su contenido con sus propias experiencias vitales, que son siempre únicas, personales e intransferibles.

1.- El Servicio

El precepto, textualmente, dice: *“Recordando la admonición de Cristo: “El que quiera ser el primero, que sea el último y el servidor de todos”, se esforzará diariamente por servir a sus semejantes con amor, modestia y humildad, en cualquier oportunidad que se le presente”*.

Para profundizar un poco en este precepto del sacrificio, recordemos, para comprender su porqué, varias cosas:

a.- Somos, nuestros espíritus son - y nosotros lo sabíamos hasta que, como consecuencia del llamado pecado original, hicimos descender nuestra conciencia al mundo físico y, desde entonces creemos que somos nuestro cuerpo físico - chispas divinas, partes de Dios, de su misma naturaleza y, por tanto, inmortales.

b.- Si somos partes de Dios, quiere decir que hemos de actuar - y actuar supone pensar, desear, sentir, hablar o hacer - de acuerdo con Dios, del que somos parte, y sin perjudicar a nuestro prójimo, que no deja de ser otra chispa divina como nosotros y tan parte de Dios como nosotros. Es una cuestión de lógica. De otro modo, nuestros actos irían, a la vez, contra Dios y contra nosotros mismos, que es lo que viene sucediendo con casi todos los hombres, cosa que explica el funcionamiento de la Ley de Retribución.

c.- Si, como consecuencia de lo dicho, tenemos un destino común, es de esperar que nos ayudemos porque, si uno avanza mucho y los demás se quedan atrás en la evolución, de nada sirve ese adelanto, a no ser que el adelantado se detenga y dedique a ayudar a los que van detrás. Ese es el sentido de la parábola del Buen Pastor, que deja el rebaño en la majada y va en busca de la oveja perdida. Y de la afirmación del propio Cristo de que *“hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por cien justos que no necesitan de arrepentimiento”*.

d.- Tenemos en nuestro pasado una serie casi ilimitada de vidas, en las que hemos contraído deudas, que hay que ir pagando en las siguientes existencias y esos pagos hemos de realizarlos mediante servicios a los demás que, aunque no los recordemos, serán nuestros antiguos acreedores. Y, si no pagamos esas deudas, aprovechando las ocasiones que para ello se nos presentan, volverán a aparecer en el futuro, una y otra vez, hasta que sean saldadas siempre en peores condiciones.

Conocido todo esto, cabe preguntarse: ¿qué es “servir”, desde el punto de vista del ocultismo rosacruz? Si de lo que tratamos es de evolucionar sin impedir la evolución de los otros - porque entonces no evolucionaríamos por ir contra nuestra propia evolución - habremos de desterrar de nuestro carácter el egoísmo, puesto que el egoísmo se basa en el propio beneficio a costa del de los demás. Por tanto, el servicio del estudiante rosacruz habrá de ser **un servicio altruista**, es decir, exento de egoísmo, o sea, sacrificando los intereses propios a los ajenos, siempre que se trate de ayudar.

Aquí surge otra pregunta. Hemos dicho que hay que sacrificarse por los demás. Pero ¿qué es el sacrificio? Generalmente se entiende por sacrificio algo desagradable: la privación, de mala gana, de algo que nos

apetece pero a lo que hemos de renunciar por obligación o por necesidad o por conveniencia. Ésa es la interpretación mundana del sacrificio: nos sacrificamos para alimentar y educar a nuestros hijos, nos sacrificamos al ir a trabajar, al cumplir las leyes, al guardar un régimen alimenticio, al estudiar una carrera o profesión, al pagar los impuestos, al ser fieles a nuestros compromisos, etc., etc. pero siempre ese sacrificio nos deja mal sabor de boca, al pensar en lo que podríamos hacer si no nos tuviésemos que sacrificar. Sobrevuelan nuestras cabezas el qué dirán, las consecuencias negativas en el futuro en caso de incumplimiento, la autoridad de quienes están por encima, etc.

Y eso no es verdadero sacrificio. Eso, desde el punto de vista ocultista, es una obligación. Y, además, una obligación mal interpretada y mal ejecutada. El sacrificio, el verdadero sacrificio ha de contar con tres elementos esenciales: la libre voluntad de hacerlo, el amor y la íntima satisfacción que produce.

El verdadero sacrificio surge del alma, de nuestro interior, del sustrato íntimo que sabe que todos somos uno y que, lo queramos o no, lo aceptemos o no, lo creamos o no y lo comprendamos o no, somos en todo momento el custodio de nuestro hermano. Y, como vemos a los demás como hermanos, como partes del mismo todo, nos nace ayudarles y aligerar su carga, que es la nuestra. Y ese tender a ayudar, esa atracción del prójimo que nos inclina a comprenderlo y ayudarle, es lo que llamamos amor. Una virtud que busca la felicidad ajena y no la propia, que nace, precisamente, de aquélla. Una virtud que produce gozo espiritual como consecuencia del amor. Por eso se dice que proporciona más satisfacción dar que recibir.

El servicio no supone, pues, convertirse en el criado de los demás, sino en su hermano, en su padre, en su madre, en su amigo, en esa persona que está siempre pendiente de quién necesita ayuda y de dónde se necesita asistencia y acude solícito y altruista, olvidado de sí mismo, a prestar su apoyo incondicional y alegremente, en la medida de sus fuerzas y saberes y posibilidades. No se trata, pues, de quedarse sin nada para darlo todo a los pobres. Ni de desatender los propios deberes para asumir los de los demás. Ni se trata de irse a las misiones. Sino de recordar en todo momento que somos, como hemos dicho, el custodio de nuestro hermano. Y que, como venimos al mundo cargados de deudas que pagar, cada ocasión perdida de servir voluntariamente, puede

convertirse, en otro momento o en otra vida, en una obligación menos agradable.

Pero, conociendo eso, el estudiante rosacruz no actuará por el egoísmo de pagar lo que debe y quedar liberado de la deuda, sino que actuará llevado del amor, de la comprensión, de la tolerancia, de la certeza de que es lo procedente, dada la hermandad fundamental entre todos los hombres. Y comprendiendo, sobre todo que, en vidas anteriores tuvo que haber alguien que nos echara una mano y nos hiciese posible estar hoy en condiciones de hacer lo propio con otros.

Y tampoco hará ostentación de sus servicios. Procurará, por el contrario, que, como dijo Cristo, *“la mano derecha no sepa lo que hace la izquierda”*. Y tratará de que, a ser posible, ni siquiera los beneficiados por su asistencia tengan conocimiento del origen de la misma. Ése es el verdadero espíritu de ayuda cristiano. Porque, si se conocen y se celebran tus ayudas y tus favores y tus servicios, como también dice Cristo, *“ya has recibido tu premio en la tierra”*.

El hombre empezó sacrificando al prójimo a los dioses. Luego, en un estadio más elevado de la religión y de la comprensión del mundo y sus misterios, les sacrificó animales. Y por fin, con Cristo, se sacrifica a sí mismo. Ése es el recorrido de la evolución. Por supuesto, aún hay hombres que sacrifican a otros hombres. Y los hay que sacrifican animales. Pero hemos de tender a ofrecernos nosotros mismos como sacrificios vivientes y conscientes y libres. Ésa fue la enseñanza de Cristo, que se ofreció a sí mismo en beneficio de toda la Humanidad. Sin esperar nada. Llevado tan sólo por su inmenso amor.

Recordaré, para terminar este punto, las palabras, importantísimas y clarísimas de Max Heindel: *“El servicio altruista y desinteresado que hacemos a los demás es el camino más corto, más seguro y más gozoso hacia Dios”*.

2.- Ver lo bueno.

Se nos dice: *“Teniendo fe inquebrantable en la sabiduría y bondad de Dios, trabajará de acuerdo con la evolución, procurando hablar, actuar y ver solamente lo bueno en su diaria relación con los demás”*.

Como sabe que el mal es bien en formación, no pondrá en él el acento, sino en el bien, en lo positivo, en lo alegre, en lo luminoso, en lo

bello, en lo elevado, en lo verdadero, en lo bueno. Y se abstendrá de toda crítica, de toda murmuración, de toda maledicencia y de todo pensamiento, palabra u obra que destaque o se fije en cualquier defecto o error o carencia del prójimo. El mundo está lleno de belleza, de luz y de milagros permanentes que el hombre no ve, cegado en buscar lo negativo y lo erróneo en los demás, en un falso intento de disimular sus propias carencias a base de aumentar o llamar la atención sobre las del prójimo. Quizás vendría a cuento aquí recordar la historia de aquel joven filósofo que se propuso cambiar el mundo; cuando llegó a la madurez, redujo sus aspiraciones a sólo cambiar su entorno; y, cuando llegó a la vejez, clamó a Dios pidiéndole fuerzas para ser capaz de cambiarse a sí mismo.

Si Dios es la perfección, la Belleza, la Bondad y la Verdad y el mundo es Su expresión, le resultará fácil ver la mano de Dios en todo y percibir la vibración de Dios en cada ser, en cada rayo de luz, en cada brizna de hierba, en cada animal, y en cada hombre., Porque todos son expresión de Dios. Más o menos perfecta, más o menos lograda, más o menos terminada, pero manifestación de Dios.

En la sociedad en que vivimos ha arraigado tanto la crítica que ya parece algo natural consustancial al hombre: la oposición política critica “todo” lo que haga el gobierno; la prensa critica todo lo que dicen los demás periódicos; las cadenas de televisión nos exhiben tertulias dedicadas a criticar y a airear los vicios y los defectos de las personalidades más o menos conocidas; a nosotros mismos, nos resulta difícil tomar parte en una conversación en la que no se hable mal de alguien, generalmente amigo o conocido.

Max Heindel resume esta idea con otra muy sugeridora: *“es cierto que el sol tiene manchas. Pero sería estúpido fijarnos en las manchas cuando su luz es inmensa, es inabarcable, es cegadora y, además, nos da la vida”*.

3.- La verdad.

El precepto dice: *“Siendo la verdad, la honradez y la justicia cualidades fundamentales de la dignidad interna, intentará expresarlas en todos sus pensamientos, palabras y acciones”*.

Recordemos que **Cristo** dijo: “**Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres**”.

Recordemos también a **Pilatos** cuando, asombrado ante la actitud de Cristo, le preguntó: “¿**Y qué es la verdad?**”

Hasta que uno no llega, después de una búsqueda de más o menos años, y de una serie agobiante de preguntas sin respuesta, dudas, perplejidades y esperanzas, al conocimiento de la Filosofía Rosacruz, no puede comprender el significado de estas dos frases.

Porque, para la mayor parte de los hombres, la vida no tiene ningún sentido. Las cosas parecen suceder arbitrariamente, porque sí, por puro azar. Y, cuando menos se espera, acaecen desgracias y calamidades que tronchan vidas felices o elevan a la cima de la felicidad a quien estaba hundido en la miseria. Y mueren niños. Y los explotadores parecen llevarse siempre la mejor parte. Y los honestos parecen condenados al sufrimiento. Y los poderosos se muestran insaciables y desean cada vez más, aún a costa de las vidas de los menos afortunados. Y el esfuerzo no se ve siempre recompensado justamente. Y la pereza se ve premiada. Y la bondad, masacrada. Y la maldad, favorecida...

Para el hombre medianamente inteligente y honesto, el panorama es verdaderamente aterrador. Uno contempla lo que sucede, tanto a nivel individual como universal, y no puede por menos de sentirse pesimista en cuanto al futuro mediano se refiere y desesperarse preguntándose qué se puede hacer, y qué puede hacer él, para cambiar las cosas. Y si, además, tiene hijos y ha de plantearse en qué forma deberá educarlos para que sean capaces de “sobrevivir” en el mundo que les va a tocar vivir, está tentado de hacerlos agresivos y crueles y desalmados y egoístas, para que no tengan que sufrir. Pero una voz interior, casi inaudible pero real, muchas veces, reorienta las cosas hacia una educación honesta, altruista, tolerante, comprensiva, positiva y confiada. Pero, ¿por qué ocurren las cosas? ¿Hay algo o alguien que pueda aclarar el sentido de la vida, si es que tiene algún sentido?

Y, cuando llega aquí y estudia las Enseñanzas y se familiariza con los entresijos del mundo y acepta y comprende el funcionamiento de las leyes de Renacimiento y de Retribución, y estudia la muerte y el período post mortem y el nuevo renacimiento, empieza a ver la luz y a comprender y a responderse preguntas que no tenían respuesta y a explicarse procesos ininteligibles y a dar explicaciones y hasta a prever

lo por venir. ¿Qué le ha ocurrido? Que ha conocido la Verdad. Y la Verdad lo ha hecho libre. Porque, ¿qué puede uno temer si se sabe un espíritu inmortal y parte del mismo Dios? ¿qué puede amedrentarle si la muerte es sólo un cambio de enfoque de la conciencia? ¿qué le asustará si todos los hombres son sus hermanos y están luchando por llegar adonde él está llegando? ¿qué pecado no disculpará? ¿qué ofensa no perdonará? ¿qué acción no comprenderá? ¿en qué momento no se sentirá inclinado a iluminar las mentes aún dormidas, bien con sus palabras, bien con su ejemplo, para que vean la luz que él ha descubierto y para que conozcan la Verdad y la Verdad los haga libres?

4.- No envidiar.

Dice el precepto: *“Sabiendo que sus circunstancias actuales son el resultado de sus acciones pasadas, y que puede construir su destino futuro mejorándolo por medio de sus actos presentes, no deberá envidiar a otros, sino que dedicará sus aspiraciones a ejercitar su divina prerrogativa del libre albedrío, sembrando buenas semillas para el mañana”*.

La envidia es uno de los vicios que más desgracias ha producido a lo largo de los tiempos. Y el envidioso, uno de los seres más desgraciados que se pueden concebir. Porque, víctima de ese resquemor interno, que le corroe permanentemente, se ocupa siempre más en mirar al plato ajeno y en apreciar y desear lo que no es suyo, que en valorar lo propio y en tratar de incrementarlo con el propio esfuerzo.

No en balde, la Escritura ha convertido la envidia en el pecado de Caín. Porque sólo ella es capaz de hacer a un hombre matar a su hermano.

Mientras uno está en el mundo, sin poder ver claro ni conocer los mecanismos que lo rigen; mientras la meta son los bienes materiales o la riqueza o el poder o la fama o los placeres de los sentidos, es fácil comprender al envidioso. E, incluso, serlo.

Pero, en cuanto se establece contacto con las Enseñanzas, se comprende su sinrazón. Y, cuando se profundiza en la Ley de Retribución, y se sabe que a nadie se le regala nada y que todo tiene un precio que es el correspondiente esfuerzo y que, por tanto, cada uno recibe lo que ha sembrado, ni más ni menos y, por tanto, si quitamos a

otro lo que la vida le ha dado, lo estamos privando de algo que se ha ganado en vidas anteriores, o en ésta, con su propio esfuerzo, entonces se hace la luz.

Y, cuando se estudia con atención la Ley de Renacimiento y se comprende que el que en una vida es padre, en otra es hermano y en otra amigo o madre o abuelo o enemigo o pariente lejano o cónyuge o desconocido, según hayamos actuado con él y él con nosotros, y que en esta vida se nos está dando la ocasión, a los dos, de enmendar errores pasados, ¿qué sentido tiene envidiar a nadie y, menos aún, dejarnos llevar por la envidia para perjudicarlo?

5.- Equilibrio.

El precepto reza: *“Considerando que el silencio, en verdad, es uno de los auxiliares más efectivos para el crecimiento del alma, buscará siempre un medio ambiente de paz, equilibrio y quietud”*.

Por supuesto que lo ideal es el silencio. Pero no está al alcance de todos. Yo os puedo asegurar que los que estamos hoy aquí, en una vida anterior, o en varias, ya hemos sido monjes o monjas o anacoretas o mendicantes o peregrinos, y ello nos ha permitido un avance espiritual que ha hecho posible que, en esta encarnación nos hayamos interesado por las Enseñanzas. Entonces estuvo muy bien. Nos vino muy bien. Era su momento. Nos retiramos del mundo, nos centramos en nosotros mismos y dimos un paso adelante en nuestra propia evolución. Pero eso ya lo hicimos. Ahora se nos pide algo más. Algo mucho más difícil: Hacer lo mismo, pero en medio de la sociedad, rodeados de ruidos y de gente y de problemas y de responsabilidades y de tentaciones y de caídas y de ejemplos y de reclamos, que hacen muy duro encontrar ese silencio que nos conduzca al necesario equilibrio.

Cristo lo dijo sin ambages: *“El Sendero es angosto y empinado”*. Pues en él estamos los estudiantes. Cristo, sin embargo, no se quedó ahí. Después de esa afirmación, totalmente cierta desde el punto de vista del mundo, añadió, con la misma claridad: *“Yo soy el camino”*. Es decir, Él nos lo mostró. Y nos lo mostró pasando por todos y cada uno de los inconvenientes que se pueden encontrar y sobreponiéndose a ellos y vencidos y llegando así a la meta.

No se nos está pidiendo, pues, que nos vayamos a un convento. Se nos está pidiendo que seamos capaces de aprender a aislarnos, a centrarnos en nosotros mismos, de sacar fuerzas de nuestro espíritu para hacer frente a todas las asechanzas que pretenden descentrarnos de lo verdaderamente importante: nuestra evolución.

Si podemos disponer de unos minutos cada día, en un rincón de nuestra morada, para orar, para meditar, para reconocer y recordar y grabarnos en la mente que somos un espíritu inmortal y que somos parte de Dios y que Él está con nosotros porque es el primer interesado en nuestra evolución, lograremos ese aislamiento de que se nos habla y, su consecuencia automática será el equilibrio. Que no nos domine el cuerpo de deseos y sea la mente sea quien dirija nuestra vida, con la ayuda del corazón. Y que el corazón ame y nos permita amar, pero racionalmente. Es decir, la meta rosacruz: pensar con el corazón y amar con la mente. Ése es el verdadero equilibrio. Ése es el estado de ánimo con que todo estudiante rosacruz ha de enfrentar cada jornada. Sin miedos, sin temores, sin complejos, con las ideas claras y, por tanto, pudiéndose mantener inamovible en la verdad, sean cualesquiera los sucesos que nos acaezcan.

6.- Confianza.

El mandamiento dice: *“Siendo la confianza en sí mismo virtud cardinal para el aspirante espiritual, hará lo posible por practicar esta virtud en sus pensamientos, al igual que en sus actos”*.

El hombre corriente es víctima permanente del miedo. Tiene miedo de casi todo: del pasado, del presente y del futuro; de sí mismo y de los demás, de vivir y de morir, del fracaso, de la enfermedad, de la miseria, de los accidentes... Su vida es un pasar de un temor a otro, sin abandonar el anterior. Y, consecuentemente, una serie ininterrumpida de tensiones internas que, al manifestarse en el mundo material, se expresan mediante enfermedades, limitaciones, complejos, fobias y filias, trastornos mentales, supersticiones, estrés y, últimamente, búsqueda de métodos rápidos para evolucionar, es decir, para adquirir lo que él llama “poderes”, porque piensa que con ellos se librará del miedo que le atenaza.

Y todo ello es lógico. Es lógico mientras el hombre ignora quién es. No en balde en el frontispicio del templo de Delfos, en la antigua Grecia, y ase recomendaba a los peregrinos: *“Hombre, concómete a ti mismo y conocerás todos los misterios del universo”*

Claro que el conocerse a sí mismo es la labor más ardua que imaginarse pueda. Porque nuestro yo, nuestro verdadero yo, nuestro Yo Superior, está cubierto por una serie de capas superpuestas y compenetradas recíprocamente, que lo hacen casi imperceptible. Pero está ahí. Siempre está ahí, luchando por abrirse camino a través de esas capas, por ir dominándolas y manejándolas y, por fin, por medio de ellas, una vez dominadas, poder manifestarse en el mundo físico tal cual él realmente es.

¿Y cuáles son esas capas? Nuestros distintos vehículos inferiores que, en conjunto, forman lo que llamamos la “Personalidad” o el “Yo Inferior”: nuestros cuerpos físico, vital, de deseos y mental. La materia de que están formados no es aún totalmente apropiada; aún hay vibraciones negativas, elementales que están involucionando y que nos inclinan hacia lo que llamamos inferior, porque a nosotros, que ya pasamos ese estadio, lo que nos hace falta para evolucionar es lo superior, las vibraciones elevadas y positivas.

En esas condiciones, pues, es difícil la confianza. Salvo que sepamos, que estemos convencidos de que somos partes de Dios, de que somos espíritus virginales, inmortales, destinados a convertirnos, eso sí, con nuestro esfuerzo, en dioses creadores como nuestro Dios Creador.

Si sabemos que nuestro verdadero ser, nuestro verdadero yo es un espíritu inmortal, y tratamos de descubrirlo y de facilitarle cada día y en cada momento el que asome al mundo y asuma su papel de director de nuestra vida, los miedos se esfumarán como por encanto. ¿Qué hemos de temer si Dios está con nosotros, si somos Él, si somos inmortales, si el cuerpo físico es sólo una envoltura, una vestimenta, un instrumento desechable? Por eso, el estudiante rosacruz se caracteriza por su confianza en sí mismo, en su Yo Superior, al que está esforzándose por facilitar la tarea. Con esa confianza en su mente y en su corazón, el estudiante rosacruz puede acometer cualquier labor y realizar cualquier hazaña y no arredrarse ante peligros ni amenazas ni desgracias ni contratiempos. Sabe que Dios está con él y eso le basta y le sobra.

7.- Juez interno.

El precepto dice: *“Conociendo que el interno es el único tribunal real de la Verdad, se esforzará por establecerlo, sometiéndole todos sus asuntos, para su final jurisdicción”*.

Una vez descubierto ese Yo Superior, el estudiante se esfuerza por afirmar cada día su presencia en la vida y aprende a someterle los problemas y, si bien al principio no será totalmente consciente de cuál es la respuesta o, ni siquiera, de si la hay, con la práctica irá desarrollando los sentidos internos y podrá captar perfectamente sus mensajes e interpretarlos correctamente. Entonces ya no habrá problema: porque el Yo Superior habrá asumido el mando de Su propia vida y de sus propios vehículos. Y la conciencia, que estaba centrada en la Personalidad, se habrá ido transfiriendo al Yo Superior, hasta asentarse definitivamente en Él. Y, como el Yo Superior está situado en el Mundo del Pensamiento Abstracto y en contacto con la Sabiduría cósmica, no cabe duda de que conoce la Verdad y que sus juicios y decisiones son las cósmicamente correctas. Por tanto, es lógico que el estudiante le someta todos sus asuntos con plena y total confianza en sus decisiones.

8.- Meditar.

El mandamiento dice: *“Dedicará cierto tiempo cada día a meditar y orar, procurando elevarse en alas del amor y la aspiración sublime, hasta el mismo trono de Dios”*.

La meditación es el procedimiento que el estudiante rosacruz utiliza para establecer y mantener el contacto con su Yo Superior. Supone un aislarse del mundo físico y un elevarse a los planos mentales concretos, a los que el Yo Superior tiene fácil acceso o, a ser posible, a los mentales abstractos, que son su domicilio, para recibir de él las intuiciones y aclaraciones y expansiones de conciencia que le van a permitir avanzar y seguir abriendo brecha para que el dominio del Yo Superior sea total.

Al principio, la meditación necesita determinados requisitos de tranquilidad, relajación, etc. Pero, con la práctica, el estudiante puede meditar en cualquier lugar y en cualquier situación y puede pasar instantáneamente del estado de vigilia al estado de meditación y hasta

permanecer, sin dejar la vigilia, en la meditación. Una especie de piloto automático, pero de nivel superior.

Otro método tan necesario como la meditación para el contacto y predominio del Yo Superior lo constituye la oración. Consiste en elevarse, en aspirar, en tender a la unión con Dios, en agradecerle la vida, y cuantos dones nos ha proporcionado gratuitamente, y la ayuda que permanentemente nos presta, y ofrecernos para colaborar en la realización de Su plan creativo, es decir, para desarrollar nuestro papel como partes necesarias de ese plan divino que somos.

La oración nos eleva a planos muy altos. La altura alcanzada dependerá de nuestra devoción, de su intensidad y, de su frecuencia. Cuanta mayor devoción, cuanta mayor intensidad devocional y cuanta mayor frecuencia, más alto llegaremos y de mayor elevación será la descarga energética que recibiremos en respuesta. Así nos iremos acostumbrando a las vibraciones de aquellos planos, que harán vibrar nuestros vehículos y, con ello, tender a reproducirlas y a evolucionar rápidamente.

Aún hay que añadir dos ejercicios diarios para el estudiante rosacruz: la concentración y la retrospección.

La concentración se realiza por la mañana, durante el duermevela que precede al verdadero despertar. Entonces, el cuerpo de deseos, que durante el sueño, ha estado en su mundo, el mundo del deseo, en plena actividad, y en el cual hemos tenido centrada nuestra conciencia, desciende sobre los cuerpos etérico y físico y penetra en ellos. Pero si los mantenemos quietos, sin hacer ningún movimiento, los centros sensibles del cuerpo de deseos siguen funcionando y van haciéndose un hueco en el cuerpo vital y en el cuerpo físico y, con el tiempo, eso hace que, de repente, los mundos superiores se abran un día a la visión del estudiante, ya que los centros de percepción del cuerpo de deseos pueden ya funcionar dentro del cuerpo físico con entera normalidad y en estado de vigilia. La concentración, además, nos hace dominar la mente, al mantenerla fija en el tema escogido, lo cual facilita la separación de los dos éteres superiores del cuerpo vital de los dos inferiores. Esos éteres superiores, una vez separados, constituyen lo que se llama el “dorado vestido de bodas” o el “cuerpo alma”, y es el vehículo que nos va a permitir viajar por el mundo del deseo a voluntad para poder actuar como Auxiliares Invisibles conscientes.

La retrospectión consiste en un repaso, al acostarnos, de la jornada que ha concluido, pero en orden inverso. Estudiando primero los momentos recientes y así, al revés, hasta el momento de despertarnos. Hay que estudiar cada acto, cada pensamiento, cada palabra, cada conducta, y ver qué ha habido en ello de bueno o de malo. Y, una vez descubierto, por lo malo, sentir todo el daño que hemos producido, prometiéndonos firmemente no reincidir y reparar en lo posible el mal causado. Y, por lo bueno, experimentar todo el placer y la felicidad proporcionados a otros. Con ello borramos del átomo simiente del cuerpo físico, situado en el ápice del ventrículo izquierdo del corazón y que recoge permanentemente toda nuestra actuación y sus consecuencias, y que, luego, en el Purgatorio y en los cielos, será la base de lo que hayamos de experimentar, los hechos de los que nos hemos arrepentido o hemos disfrutado. De ese modo, avanzamos más deprisa, sin tener que esperar a morir y pasar por el Purgatorio y los cielos y además, cuando lleguemos allí, esas escenas, cuyas lecciones, buenas o malas, ya aprendimos en vida, no aparecerán, con lo que reduciremos también nuestra estancia en esos planos. Y podremos renacer antes para evolucionar más deprisa y ayudar quienes van detrás.

La retrospectión tiene otro efecto muy importante que consiste en que, al forzarnos cada día a recordar la jornada vivida, desarrollamos muy considerablemente la memoria. Tanto que, poco a poco podemos ir recuperando memoria de lo acaecido durante el sueño y, en un estadio posterior, podemos actualizar la memoria de vidas pasadas hasta llegar a recordarlas sin problemas.

Meditación, pues, oración, concentración y retrospectión son instrumentos necesarios para facilitarnos la marcha por el Sendero.

9.- La constancia.

Establece el mandato: *“Sabido que el fracaso está solamente en dejar de luchar contra cualquier obstáculo, continuará paciente y persistentemente, tratando de vivir los elevados ideales enseñados por Cristo.”*

Max Heindel no se cansa de repetirnos que jamás debemos dejar de intentar lo que pretendamos conseguir. Que no debemos darnos por

vencidos a causa de los fracasos o de los errores o de las caídas. Si tenemos la mente fija en el objetivo y nos esforzamos con verdadera voluntad, lograremos lo que nos proponamos. Y ello, basados en dos verdades fundamentales: la de que la mente es creadora y la de que la energía sigue al pensamiento. Si la mente es creadora - y de eso no cabe duda, a la vista de lo que está haciendo el hombre con el planeta en que vive, todo ello, fruto de su pensamiento, siempre previo a la acción - y la energía sigue al pensamiento, lo cual queda demostrado por los mismos hechos, ¿dónde está el problema para evolucionar debidamente, una vez conocidas las normas que rigen el mundo?

Se nos dice que hemos de orar sin descanso, no pretendiendo que dediquemos el día a rezar, sino que actuemos en el cumplimiento de nuestras responsabilidades y nuestros cometidos, conscientes de que estamos haciendo lo correcto, lo que en el Plan divino se espera de nosotros. Y así, repitiendo esa elevación a las alturas, provocaremos una casi permanente evocación de energía que nos hará más fácil el camino y, por tanto, más accesible el objetivo.

Se nos ha dicho que debemos perdonar hasta setenta veces siete, es decir, siempre, es decir, repitiendo el perdón. Porque si repetimos el perdón, acabaremos haciendo que quien lo recibe recapacite y se dé cuenta del error en que está sumido y rectifique.

Se nos dice que, como hemos visto en el punto anterior, cada día, debemos practicar la concentración, la oración, la meditación y la retrospectión. Porque ese no dejar de intentar, esa constancia inasequible al desaliento nos hará llegar a la meta.

Sabemos que nuestro cuerpo vital tiene por nota clave la repetición. Y, por tanto, cuando queramos adquirir un hábito positivo como la oración, el servicio, el estudio, la meditación, etc., no tendremos más que repetir el acto en que consista y, llegará un momento en que el hábito estará adquirido y entonces actuaremos positivamente de modo automático y sin esfuerzo de voluntad. Y, si queremos aprender algo, no tenemos más que repetirlo varias veces para que se nos fije en la memoria. Y, si consideramos que la evolución, con todo lo que supone y todo lo que ha logrado a lo largo de los tiempos no es sino repetición, insistencia, constancia en la misma línea, tendremos claro lo que este precepto quiere decir.

10.- La Humildad.

Dice el precepto: *“Conociendo que es imperfecto y se equivoca todos los días, evitará aparentar o presumir en cualquier campo, consciente de que, bien mirado, no sabe nada y de nada tiene derecho a presumir”*.

La presunción es la característica de los tontos. Cuanto uno más profundiza en los misterios del mundo y de la vida; cuanto uno más se dedica a bucear en el seno de la Creación; Cuanto uno más se esfuerza por descubrir nuevos campos y adquirir nuevos conocimientos, más se hace consciente de que por cada cosa nueva que aprende, aparecen ante sus ojos miles más por aprender. Y que el horizonte se aleja de uno a la misma velocidad a la que uno se dirige hacia él. Y que, cuando logra escalar un monte, con mucho esfuerzo, al llegar a la cima, se ofrecen a su vista cordilleras inmensas, aún inexploradas. Si uno es consciente de eso - y todo estudiante de lo oculto, todo estudiante honesto, claro, tiene que ser consciente de ello - ¿qué sentido tiene presumir de nada? El más sabio de los hombres, el propio Sócrates resumió esa situación, a la vez frustrante y esperanzadora, desafiante y tentadora, anonadadora y curadora de orgullos estúpidos, diciendo sencillamente: *“Sólo sé que no sé nada”*. Es decir, *“la única cosa que sé con seguridad es, precisamente, que no sé nada.”*

No cabe, pues, el orgullo ni la presunción ni la búsqueda de la admiración de los demás en un estudiante honesto. Ni debe tampoco fomentarlo en otros. Hemos de tener claro que cada cual alcanza el nivel a que se hace acreedor y que, cuando uno se eleva en la evolución, aunque sea un milímetro, se está aproximando un milímetro a la perfección y, si eso es así, y sabemos que en la perfección no existe vanidad ni orgullo ni presunción, está claro que si admiramos a alguien y fomentamos la admiración de los demás, estamos caminando en el sentido opuesto al de la evolución y haciendo un flaco favor al hermano que, con su esfuerzo, da un paso adelante. El culto a la personalidad es, pues, nefasto para todos, el admirado y los admiradores.

Nadie es más ni menos que otro. Todos somos espíritus virginales iguales. Todos somos inmortales. Lo único que nos diferencia es la habilidad que hemos ido mostrando, a lo largo de las eras, para construir nuestros vehículos más o menos manejables por nuestro propio espíritu y

capaces de permitirle expresarse en este mundo y en los demás inferiores.

La humildad supone inteligencia. Pero no la falsa modestia, que no es más que hipocresía. No el servilismo rastrero, que no es sino búsqueda de recompensas más o menos confesables. No. La humildad de que se nos habla en este precepto nace de la consideración de que, ante Dios, comparados con Dios, no somos nada. Y Dios nos ama a todos por igual y nos presta su ayuda cuando se la pedimos y desea, más que nosotros, porque para eso nos ha creado, que le ayudemos a realizar Su plan creador. Y, por tanto, presumir es irracional, ilógico, infundado. Y el que presume, no hace sino demostrar que no ha entendido nada de lo que las Enseñanzas pretenden despertar en nosotros.

Con esto podría decir que aquí terminan nuestros diez mandamientos. Y sería verdad. Pero yo considero que, ya puestos a examinarnos un poco, valdría la pena profundizar otro poco en algunas otras virtudes que, aunque implícitas en varias de las expuestas, quizás, sería aconsejable puntualizar. Y son éstas, a las que iré asignando el número que les corresponde tras las diez del decálogo, sin que el orden en que las exponga quiera suponer mayor o menor importancia para cada una de ellas:

11.- La Aspiración.

El correspondiente precepto, podría decir: *“Conociendo que la energía sigue al pensamiento, no dejará jamás de aspirar a lo alto, a la perfección, a la unión con Dios por medio del trabajo en la viña del Señor.”*

La curiosidad no está por casualidad en la naturaleza del hombre. Porque la curiosidad es lo que nos hace movernos hacia lo que no conocemos. Y desentrañarlo hasta , como hacen los niños con los juguetes, “ver qué tiene dentro”, cómo funciona. Y esa tendencia al conocimiento, que equivale a decir hacia arriba, hacia Dios, Creador de todo, es lo que yo llamo aspiración. Puede que, inicialmente, sea una curiosidad o una aspiración sólo científica - investigación - o social - filosofía y política - o incluso lúdica - crucigramas, acertijos, etc.- Pero,

cuando uno llega al principio del Sendero, esa curiosidad se ha convertido ya en aspiración y casi en necesidad. Porque a uno empieza a urgirle ya el encontrar respuestas. Y, aunque las encuentre - que, si busca seriamente las encontrará - cada vez desea más y cada vez necesita más, porque el hambre del alma se ha despertado y al alma sólo la podemos alimentar con conocimientos elevados y profundos y positivos. Ésa es la aspiración que necesitamos y que nunca hemos de permitir que se nos marchite. Ésa es la aspiración de los místicos a unirse a Dios sin hacer preguntas. Pero también es la aspiración de los ocultistas, de conocer a Dios para unirse a Él mediante la comprensión.

Los Salmos de David son un ejemplo de oración y de entrega al Señor. Pero en ellos se dice muy claramente: “Señor, explícame tus mandamientos y los cumpliré”. Primero explícamelos, haz que yo los comprenda, aclárame su por qué y entonces yo, convencido de su bondad y de su necesidad, me apresuraré a cumplirlos. Porque Tú, Señor, me has dado una mente y es lógico que yo la utilice para regir mi vida y esa utilización correcta hace necesario que comprenda por qué y para qué hago las cosas.

12.- La inofensividad.

Podría decir el precepto. *“Consciente de que todos los hombres y aún todos los seres, superiores e inferiores a él, son sus hermanos, tratará de evitarles todo daño, de cualquier tipo y a cualquier nivel, que pueda derivar de sus pensamientos, palabras o acciones.”*

La inofensividad, a primera vista, parece una virtud menor. Pero sólo a primera vista. En realidad, a poco de estudiarla se cae en la cuenta de que la comprende prácticamente a todas. Porque supone nada menos que ser consciente, en todo momento, de que nuestros pensamientos, palabras o actos no perjudiquen a ningún ser, no le pongan piedrecitas en el camino que le puedan desviar de su correcta evolución, no sean una rémora en su progreso, no le arrebaten lo suyo, no nos atribuyan sus méritos, no quieran usurpar su lugar. Y supone preocuparnos de prestarle todo nuestro apoyo, siempre que sea para lo positivo.

Si nos propusiéramos, en serio, practicar la inofensividad durante una semana, nuestra vida cambiaría. Y la de quienes nos rodean.

13.- La alegría.

El mandamiento debería decir: *“Sabido que Dios es feliz y Su deseo es que todas sus criaturas lo sean, se esforzará por sentir permanentemente el contentamiento interno que esa certeza le produce, procurando hacerlo patente en cualquier momento de su vida diaria.”*

¿Cómo se concibe que estemos tristes si somos parte de Dios? ¿Qué lógica hay en ello? Sólo la ignorancia de la realidad. Pero, si el estudiante rosacruz conoce esa realidad, ¿tiene alguna excusa para no estar permanentemente alegre y permanentemente enamorado de la belleza de la vida? La alegría es contagiosa. La sonrisa es contagiosa. Abre canales de comprensión y simpatía, mientras que el ceño fruncido los cierra y bloquea los contactos entre almas. El estudiante, pues, debe sonreír permanentemente. En cualquier momento, en cualquier eventualidad. Porque, sea lo que sea lo que tenga que afrontar, él conocerá el por qué y lo que con ello se pretende y lo que hay detrás de esa manifestación, aparentemente desagradable, pero que, en el fondo, tiende al bien.

Recordemos que San Juan Bosco afirmaba, con razón, que: *“Un santo triste es un triste santo”*. Y que los Hermanos Mayores no se cansan de afirmar que todos ellos disfrutaban de un gran sentido del humor. Y que los ángeles disfrutaban y ríen permanentemente en su plano.

14.- La epigénesis.

Diría el precepto: *“Sabido que es un ser creador en formación, un aprendiz de dios, ejercitará su facultad creadora, con el fin de desarrollarla, procurando que las causas nuevas que ponga en funcionamiento estén siempre encaminadas hacia verdadero, lo bueno y lo bello.”*

La epigénesis es nuestra gran responsabilidad. Es el arma que se ha puesto en nuestras manos, en un acto de confianza arriesgadísimo por parte de Dios, con el fin de que aprendamos a crear. Y a crear bien. Por supuesto Él sabe que nos vamos a equivocar. Y nos equivocamos. Pero de esos errores y de las rectificaciones subsiguientes surgirá una capacidad creadora que, a la primera, dará vida a cosas o a seres

perfectos, sin tacha, sin defectos, sin necesidad de ser reconstruidos o reformados o recreados.

Si no existiera la epigénesis el mundo sería una simple máquina, regida por la Ley de Acción y Reacción. Toda causa sería el efecto de otra anterior, a la vez que productora de un efecto que, a su vez, se convertiría en causa de otro efecto y así sucesivamente. Todo sería algo mecánico. Y no habría margen alguno para poder ejercer nuestro libre albedrío.

La epigénesis, sin embargo es algo distinto. Es la posibilidad de que nosotros pongamos en funcionamiento causas nuevas. Causas que no sean efecto de otras anteriores. Pero que, una vez puestas en funcionamiento por nosotros, se conviertan en origen de cadenas de efectos y causas sucesivos, capaces de cambiar el mundo. ¿Qué responsabilidad tendría el hombre, sino, en la transformación y hasta la amenaza que está provocando en el mundo físico? Si todo fuera mecánico, no habría libertad ni, por tanto, responsabilidad ni, consecuentemente, progreso, sino sólo cumplimiento de algo ya previsto, completo y terminado.

Por supuesto, si yo hago algo, positivo o negativo, tendré un día u otro que enfrentar el efecto que eso ha producido. Eso es Ley de Retribución. Pero, si yo escribo un libro. Si yo doy vida a algo que antes no existía y que he podido crear o no, puesto que soy libre, pero lo he creado, que puede influir, y de hecho influirá, a muchas personas de muchas generaciones, por supuesto que tendré que enfrentar también, un día u otro, sus consecuencias, porque todo está sometido a la Ley del Karma, pero habré establecido una cadena de causas y efectos nueva que, si no hubiera sido por mi, no existiría. Y eso es epigénesis. Y eso es una gran responsabilidad. Y eso es lo que hemos de ejercitar y desarrollar y llegar a dominar. Y, lo mismo que he hablado de escribir un libro, puedo decir de hacer una tortilla de patatas pudiéndola no hacer. Porque una cosa es la libertad de obrar y otra cosa es lo que con esa libertad hagamos. Y hemos de procurar siempre que nuestras creaciones, que nuestra epigénesis discurra por el lado positivo de la evolución.

15.- La pureza. *“Sabido que posee la energía creadora en su ser, una de cuyas vertientes es la de la procreación, la utilizará escrupulosamente para su finalidad, sin malgastarla, profanarla ni*

polucionarla, convirtiendo en deseo posesivo lo que debería ser unión perfecta de cuerpos y espíritus.”

Es una virtud especial. Está íntimamente relacionada con la fuerza creadora en su vertiente sexual.

Sabemos que somos seres creadores. Lo acabamos de considerar. Pero todo ser creador ha de disponer de una fuerza que le permita crear. Hemos estudiado en otras conferencias el proceso por el cual, la fuerza creadora que el hombre - como ser creador que es - tenía a su disposición en la Época Lemúrica, y que destinaba íntegramente a la reproducción asexual por partición o por esporas, hubo que destinarla en su cincuenta por ciento, a la creación del cerebro y de la laringe, para hacer posible en un futuro, entonces aún lejano, el que poseyera un cerebro y pudiese comunicar sus pensamientos a sus semejantes.

Sabemos, por tanto, que desde ese momento - momento que duró miles y miles de años, como cualquier cambio o transformación de la naturaleza - cada individuo sólo dispuso de la mitad de su fuerza creadora sexual y necesitó, para reproducirse, de la colaboración de otro individuo con la otra mitad - la otra polaridad - de esa fuerza creadora. Y sabemos que ése fue el origen de la reproducción sexual, que ahora nos parece tan natural pero que no deja de ser algo transitorio en la evolución del hombre, que está destinado, como Dios, a cuya imagen fue hecho, a crear mediante el Verbo, la palabra, el sonido. Pronunciado en su momento por la laringe, entonces ya completamente desarrollada.

Y sabemos de la intervención de los Luciferes, que provocó que el hombre centrara su conciencia, hasta entonces enfocada en los mundos superiores, en el mundo físico, conociese que tenía cuerpo y que éste moría y que el ayuntamiento de los cuerpos para procrear producía placer, y comenzase a buscar el placer y no la procreación en ese ayuntamiento. Ése fue el origen de lo que llamamos la impureza: el uso de la fuerza creadora sexual con un fin distinto de la procreación.

Hay una gran confusión sobre el tema. Las Enseñanzas no nos exigen el celibato. En modo alguno. Y ello por una sencillísima razón: Cada ego que ha de renacer, o elige a sus futuros padres y éstos lo aceptan, o le son asignados por los Señores del destino. En el primer caso, lógicamente, elige padres cuyas vibraciones y estatus evolutivo son afines al propio o mejores. En el segundo, debido a deudas kármicas, se

ve uno obligado a tener padres con vibraciones no muy altas y a vivir en un ambiente familiar no muy atractivo pero que, al fin y al cabo, es el que se creó con sus actos y el que ha de afrontar. Por tanto, los egos con cierta evolución, si no encuentran padres evolucionados, o retrasan el renacimiento o se ven obligados a renacer en ambientes no propicios para su labor como egos evolucionados y para su propia evolución. Por tanto, lo que los estudiantes han de hacer ¿qué es? Utilizar su fuerza creadora sexual debidamente. ¿Y cómo se emplea debidamente? Para la procreación. Y aquí interviene otro elemento, consecuencia de la ignorancia: nadie puede tener más hijos de los que kármicamente le corresponden o que su espíritu superior ha aceptado. Y punto. Por tanto, los métodos anticonceptivos no son sino una infracción grave, no sólo del uso correcto de la fuerza creadora sexual, sino una falta de fe, consecuencia de una ignorancia culpable. ¿Cuántas parejas desean hijos y no los tienen? ¿y cuántas tienen muchos y aún les vienen más? ¿Por qué? Conociendo lo dicho, es fácil de entender. Es sólo cuestión kármica. Y de los Espíritus Superiores, que son los que de verdad saben lo que quiere, ya que son ellos los que están evolucionando, apoyados en sus vehículos inferiores.

Lo que hay que hacer es realizar el acto sexual buscando la unión perfecta de cuerpos y almas, llevados del amor. El amor, por naturaleza, inclina a la unión, a la fusión. Por tanto, el acto sexual, contra lo que muchos creen, no es, en sí, algo impuro ni vergonzoso. Es un privilegio, un sacramento, un milagro capaz de traer al mundo a un hermano que desea renacer para seguir su evolución. Y eso es lo que hay que tener in mente. No el placer que se va a experimentar. Porque ese placer llegará de todas maneras, pero no debe ser el objeto, sino el subproducto inevitable. Y el comprender esto nos permite realizar el acto sexual sin perder la pureza. Porque la pureza no es una cualidad física. Es una cualidad del alma. Recordad a Klingsor en el Parsifal de Wagner. No fue aceptado entre los caballeros del Grial debido a su impureza. Y, confundiendo una cosa con otra, se autocastró para ser admitido. Pero, como no había entendido nada del asunto, seguía con la impureza en su corazón, por lo que tuvo que ser rechazado de nuevo.

La pureza supone, o la utilización de la fuerza creadora sexual como he indicado, o su transmutación. ¿En qué? En lo único en que puede transmutarse: cualquiera de los otros dos aspectos que adoptó

cuando fue derivada hacia arriba: o buenos pensamientos o buenas palabras. O el fruto del cerebro o el fruto de la laringe, ambos originados en la fuerza creadora sexual.

Ésa es la justificación del celibato que se exige a los clérigos. Ellos han renunciado al mundo y, por tanto, deben transmutar la fuerza creadora sexual, a cuyo uso han renunciado, en palabras y pensamientos positivos, en buena sobras en escritos o en sermones o en ejemplos edificantes o en servicio altruista. Para procrear ya están los que no renunciaron voluntariamente a ser padres. Los clérigos ha de ser padres de todos sus feligreses, de todos los hombres.

¿Y cómo se transmuta la fuerza creadora sexual en las otras dos fuerzas creadoras? Muy sencillamente: cuando se sienten tentaciones sexuales hay que concentrarse en cualquier trabajo mental o hablado que se desee realizar. Y, lo mismo que nos ha enseñado Max Heindel que ocurre con las demás tentaciones - que si nos concentramos en otra cosa cualquiera, mueren de inanición - ocurre con las de la impureza. Y, si nos concentramos en esa labor creadora positiva, la fuerza sexual es aspirada hacia el órgano correspondiente y, por un lado, la tentación desaparecerá pero, por otro, esa obra nacerá cargada de una energía especial que hará que influya en la gente, que todos vean en ella algo que les atrae, que les convence y que les inclina hacia el bien. Ésa es la base del carisma de algunas personas.

Recordad que, de los doce apóstoles, el único que no murió mártir y hasta se dice que no murió, sino que se selló a sí mismo, desintegrándose voluntariamente, fue San Juan, caracterizado por su pureza.

Podríamos aún continuar considerando otras virtudes como la intuición, el perdón, la tolerancia, el discernimiento, la disponibilidad y, sobre todo, el amor, cuyo resumen podría ser: *“Sabido que Dios creó por amor y que el amor es la sangre que da vida a todo, tratará de encarnar en todo momento esa idea y convertirse en un digno hijo de Dios.”* Pero, por hoy, es bastante.

Y, tras esto, sólo cabría añadir lo que en el original de este decálogo le sirve de encabezamiento:

“Cristo, pues, será su ideal y, en todo momento, intentará pensar, hablar y actuar como Él lo haría.”

No quisiera terminar, sin embargo, sin recomendaros una meditación que os puede ayudar mucho en vuestra evolución individual: Una vez familiarizados con estas virtudes, imaginaos poseyendo la primera. Veos como encarnaciones vivas de esa virtud. Desead que eso sea así. O, mejor QUERED que eso sea así. Y luego, pasad a la siguiente y haced lo mismo con ella y con las que queráis. Podéis practicarlo con todas o con cada una durante cierto tiempo. Pero no os quepa la menor duda de que, si insistís, si no perdéis la esperanza ni la confianza, si sois constantes, como se os ha aconsejado hoy, llegará un momento en que os veréis dueños de esas virtudes, que de otro modo parecen casi imposibles de lograr. Y ello, debido a que *“la energía sigue al pensamiento”*. Probadlo y, dentro de un año, hablaremos.

* * *